

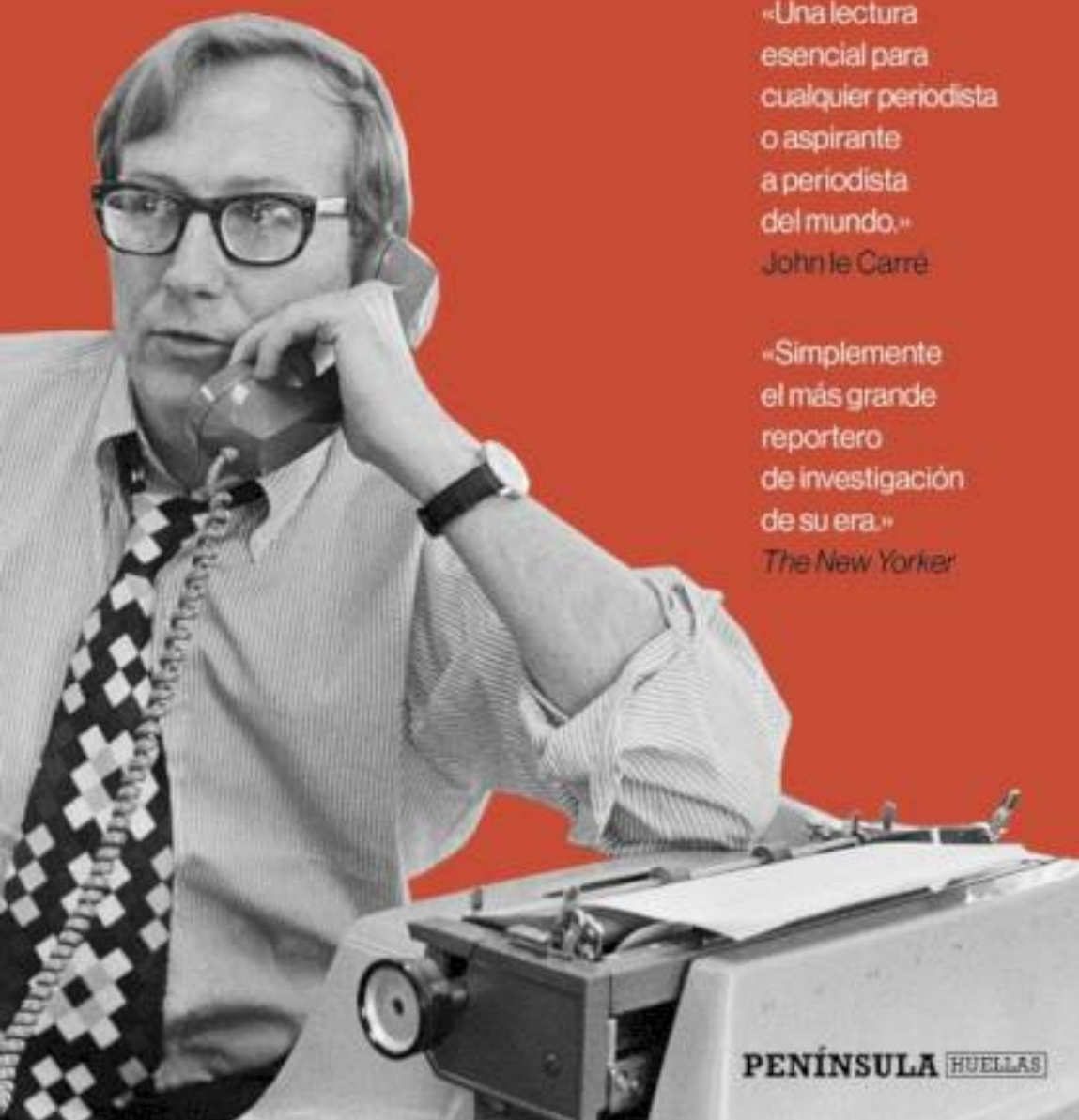
Seymour M. Hersh

Memorias  
del último  
gran periodista  
americano

# Reportero

«Una lectura  
esencial para  
cualquier periodista  
o aspirante  
a periodista  
del mundo.»  
John le Carré

«Simplemente  
el más grande  
reportero  
de investigación  
de su era.»  
*The New Yorker*



PENÍNSULA **HUELLAS**

## Índice

Portada  
Sinopsis  
Portadilla  
Dedicatoria  
Introducción  
1. Los inicios  
2. City News Bureau  
3. Interludios  
4. Chicago y la AP  
5. Por fin Washington  
6. Varias escuchas y un libro  
7. Una campaña presidencial  
8. En busca de las armas biológicas  
9. Tras la pista de Calley  
10. Un descrédito nacional  
11. Al New Yorker  
12. Por fin  
13. Watergate y mucho más  
14. Henry y yo  
15. El terremoto  
16. A Nueva York  
17. Kissinger de nuevo y algo más  
18. Un bis en el New Yorker  
19. Guerra al terror  
Agradecimientos  
Láminas  
Notas  
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## SINOPSIS

Seymour M. Hersh ha visto su firma en portada en prácticamente todos los grandes periódicos del mundo libre, ha recibido un abrumador número de reconocimientos y ha sido objeto de no pocas controversias. La suya es una historia de independencia a ultranza.

Enfrentado tanto a presiones empresariales como a los potentes brazos del poder gubernamental, Hersh se ha mostrado infatigable en su búsqueda de la verdad y en su creencia de que hay que desafiar el relato oficial, incluso sorteando, como él ha hecho, montajes, engaños y dilemas éticos en las ciénagas de la guerra, el espionaje y la política. En este libro, saca a la luz detalles hasta ahora desconocidos sobre su labor periodística durante las atrocidades de My Lai, en Vietnam; regresa al escándalo del Watergate; a los errores cometidos por Estados Unidos en Chile, Cuba, Panamá y muchos otros lugares, y a la duplicidad de Henry Kissinger y Dick Cheney. También revela el camino que le llevó a las revelaciones sobre Abu Ghraib.

Hersh deja claro qué líneas está dispuesto a cruzar y cuáles no, por qué recurrir a fuentes anónimas es fundamental para la libertad de prensa y por qué esas fuentes deben protegerse a toda costa. Todo ello en un recorrido desde su juventud en el *South Side* de Chicago hasta los días dorados de la prensa escrita estadounidense, pasando por sus periodos en el *New York Times* y el *New Yorker*, que incluyen recuerdos imborrables sobre algunos de los gigantes del periodismo norteamericano.

# Reportero

**Seymour M. Hersh**

Memorias del último gran periodista americano

Traducción de Juanjo Estrella

*ediciones península*

*A Elizabeth*

## INTRODUCCIÓN

Soy un superviviente de la era dorada del periodismo, ese tiempo en que los que trabajábamos en prensa escrita no teníamos que competir con canales de noticias de 24 horas, en que los periódicos nadaban en la abundancia gracias a los ingresos por publicidad y anuncios clasificados, en que yo tenía libertad para viajar adonde quisiera, cuando quisiera, por las razones que me parecieran oportunas, y cargaba los gastos a las tarjetas de la empresa. Disponíamos de tiempo suficiente para informar sobre una noticia de última hora sin tener que basarnos constantemente en lo que aparecía en la página web del periódico.

No había tertulias televisadas «de expertos» ni periodistas que iniciaran sus respuestas a todas las preguntas con las dos palabras más mortíferas en el mundo de los medios de comunicación: «Creo que...». Hoy nos vemos inundados de noticias falsas (las famosas *fake news*), de informaciones exageradas e incompletas y de afirmaciones inciertas que emiten sin interrupción nuestra prensa diaria, nuestras televisiones, nuestras agencias de noticias en línea, nuestras redes sociales y nuestro presidente.

Sí, es un desastre. Y los medios de comunicación serios no disponen de ningún remedio milagroso, de un salvador a la vista. Los periódicos, revistas y canales de televisión convencionales seguirán despidiendo a periodistas, reduciendo sus plantillas y recortando los fondos que destinan al buen periodismo, sobre todo al periodismo de investigación, lo que va a tener un elevado coste, unos resultados impredecibles y, potencialmente, la posibilidad de indignar a los lectores y suscitar costosas querellas. Los periódicos



de hoy se lanzan demasiado a menudo a publicar noticias que, en realidad, son poco más que indicios o insinuaciones de algo tóxico o delictivo. Por falta de tiempo, de dinero o de personal cualificado, nos vemos asediados por esas historias del «dice que ha dicho que...» en las que el periodista es poco más que un loro. Siempre he creído que la misión de un periódico era buscar la verdad, no solamente informar de las discrepancias sobre ella. ¿Se ha perpetrado un crimen de guerra? Hoy en día los periódicos se basan en un informe negociado de Naciones Unidas que en el mejor de los casos llega meses después para contarlo. ¿Acaso esos medios han hecho algún esfuerzo significativo para explicar por qué muchos, en todo el mundo, no consideran que un informe de la ONU sea la última palabra? ¿Se informa de manera crítica sobre la ONU? ¿Me atrevo a preguntar por la guerra en Yemen? ¿O por el motivo que ha llevado a Donald Trump a eliminar a Sudán de su lista de países cuyos ciudadanos tienen prohibida la entrada en Estados Unidos? (Los dirigentes de Jartum enviaron tropas a luchar en Yemen en nombre de Arabia Saudí.)

Para mí, a lo largo de toda mi trayectoria profesional, lo importante ha sido siempre contar verdades importantes e incómodas y hacer de Estados Unidos un lugar mejor informado. No me he sentido solo en mi empeño: pensemos en David Halberstam, en Charley Mohr, en Ward Just, en Neil Sheehan, en Morley Safer y en muchos otros periodistas de primer orden que tanto han hecho por arrojar luz sobre el lado más sórdido de la guerra de Vietnam. Soy consciente de que hoy no podría ejercer, en la prensa escrita actual, la misma libertad de movimientos de la que se gozaba hasta hace una década, cuando se inició la recesión económica. Recuerdo con precisión el día en que David Remnick, director del *New Yorker*, me llamó para pedirme si podía realizar por teléfono, y no presencialmente, una entrevista programada con una fuente importante, a fin de evitar un desplazamiento de cuatro mil kilómetros. David, que hizo

todo lo posible por apoyar mi trabajo de investigación sobre el horror de la cárcel de Abu Ghraib en 2004 (me pagó generosamente para que publicara reportajes en tres números consecutivos), me lo imploró con lo que, según me pareció, era un tono de voz sentido y avergonzado, casi un susurro.

¿Dónde aparecen hoy las historias duras sobre las operaciones de las Fuerzas Especiales estadounidenses, que todavía se llevan a cabo, y sobre las eternas divisiones políticas en Oriente Próximo, América Central y África? Es indudable que siguen dándose malos tratos (la guerra es siempre un infierno), pero los periódicos y las cadenas de hoy, sencillamente, no pueden permitirse mantener corresponsales de campo, y los que sí los mantienen (básicamente el *New York Times*, periódico para el que trabajé felizmente durante ocho años en la década de 1970, años en los que no dejé de generar problemas) no tienen la posibilidad de asumir los costes de un periodismo de investigación a largo plazo, necesario para introducirse en profundidad en la corrupción del mundo militar y del de los servicios de inteligencia. Como el lector descubrirá más adelante, yo pasé dos años antes de averiguar lo que habría de permitirme informar sobre el espionaje interior de la CIA durante las décadas de 1960 y 1970.

No pretendo tener respuesta a los problemas de los medios de comunicación de hoy. ¿El Gobierno federal debe financiar los medios, como hace Inglaterra con la BBC? Que se lo pregunten a Donald Trump. ¿Debería haber unos pocos periódicos nacionales con financiación pública? De ser así, ¿quién debería poder comprar acciones del consorcio? Sin duda, este es el momento adecuado para renovar el debate sobre la mejor manera de encarar el futuro. Durante años creí que todo se solucionaría, que el fracaso de los periódicos estadounidenses se vería compensado por la aparición de blogs, colectivos de noticias en línea y semanarios que llenarían los vacíos tanto en información local

como en noticias de alcance nacional e internacional pero, a pesar de algunos éxitos —me vienen a la mente *VICE*, *BuzzFeed*, *Politico* y *Truthout*—, no es eso lo que está sucediendo. Como consecuencia de ello, los medios, igual que el país, son cada vez más partidistas y estridentes.

Así pues, el lector debe tomarse estas memorias como lo que son: el relato de un tipo que llegó del Medio Oeste, que inició su carrera como chico de los recados en una pequeña agencia que cubría noticias sobre sucesos, incendios y tribunales y que, once años más tarde, como periodista *freelance* en Washington que colaboraba con una pequeña agencia contraria a la guerra de Vietnam, ya le metía el dedo en el ojo a un presidente en ejercicio al dar a conocer una espantosa masacre americana, información por la que fue galardonado. No necesito que nadie me hable de la maravilla, del potencial que tiene Estados Unidos. Tal vez por eso mismo resulta tan doloroso pensar que yo tal vez no habría llegado a hacer lo que hice si hubiera tenido que desenvolverme en el periodismo caótico y desestructurado de hoy.

Pero yo, claro está, sigo intentándolo.

## 1

## LOS INICIOS

Me crie en el South Side de Chicago. No conocía absolutamente a nadie en la profesión periodística y mostraba poco interés por el mundo que quedaba más allá de nuestro parque más cercano. Leía, eso sí, las páginas de deportes del periódico y, los domingos, las tiras cómicas. Mis padres eran inmigrantes judíos (mi padre, Isadore, de Lituania; mi madre, Dorothy, de Polonia). Habían desembarcado en la isla de Ellis en los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial y por algún motivo fueron a parar a Chicago, donde se conocieron y se casaron. No creo que ninguno de los dos, una vez instalados en Estados Unidos, cursara la educación secundaria: había que ganarse la vida, dar de comer a la familia. Llegaron cuatro hijos, de dos en dos: dos pares de gemelos. Mis hermanas, Phyllis y Marcia, nacieron en 1932, cinco años antes que mi hermano Alan y yo. Ninguno de nosotros entendíamos del todo qué había llevado a mis padres a abandonar a sus familias, a dejar su lugar de origen y embarcarse en la larga travesía hacia América. Aquella fue una conversación que no tuvimos nunca, del mismo modo que no se hablaba jamás de su falta de formación académica.

Pertenecíamos a la clase media-baja. Mi padre era el dueño de una tintorería situada en Indiana Avenue 4507, en el centro de lo que por entonces ya era, y sigue siendo, el gueto negro del South Side de Chicago. Allí se trabajaba de siete de la mañana a siete de la tarde, y los envíos a domicilio hacían que él muchas veces trabajara una hora más.

Apenas Al y yo llegamos a la adolescencia se dio por sentado que trabajaríamos en el negocio cuando nos lo pidieran, los fines de semana y las tardes más ajetreadas de la semana. Mi hermano y yo temíamos a nuestro padre, un hombre de fuerte temperamento y cuya idea de diversión los domingos era levantarse temprano, llevarnos a la tintorería, fregar el suelo y dirigirse luego, en nuestra compañía, a un baño ruso del West Side de Chicago (desaparecido hace ya mucho tiempo), donde sudábamos y nos frotábamos la piel con ramas ásperas de abedul. Nuestro placer llegaba después: allí había una piscina pequeña a la que nos tirábamos, y para almorzar tomábamos arenques frescos y zarzaparrilla. Papá era un hombre misterioso. Hasta seis décadas después de su muerte no supe que había nacido en Šeduva, un pueblo de campesinos en el que residía una importante comunidad de judíos y que estaba situado unos ciento cincuenta kilómetros al noroeste de la capital, Vilna. En agosto de 1941, la población judía de Šeduva, que era de 664 habitantes, incluidos 159 niños, fue conducida a las afueras de la localidad, y todos ellos, uno a uno, fueron ejecutados por un comando alemán que contaba con el apoyo de colaboracionistas lituanos. Mi padre nunca hablaba de la Alemania nazi ni de la Segunda Guerra Mundial. A su manera, Isadore Hersh era tanto un superviviente del Holocausto como un negacionista de ese mismo Holocausto.

Con todo, mi padre sí me contó que, poco después de su llegada a Estados Unidos, había ganado unos pocos dólares tocando cantos de pájaro con un violín. Aquello era solo un cuento hasta que, bajo mucha presión, mi hermano y yo empezamos a recibir lecciones de violín los domingos por la tarde a cargo de David Moll, que al término de la guerra era violinista de la Sinfónica de Chicago. Al y yo arañábamos el instrumento de manera patética durante más o menos una hora, y después Moll y mi padre, incansables, tocaban duetos. La verdad es que mi padre tocaba bien, pero nunca lo hacía más allá de aquella hora que pasaba

con Moll. Recuerdo solo otro de sus placeres: una vez al mes, un sábado por la noche, jugaba a las cartas con unos paisanos, otros refugiados de Šeduva que, como él, eran dueños de pequeños comercios y por algún motivo habían acabado en Chicago.

Mi padre nunca acabó de entender bien Estados Unidos. Cuando Al y yo estábamos en segundo de bachillerato, dejamos nuestro austero apartamento, en lo que creíamos que era una numerosa comunidad judía de la Calle 47, y nos trasladamos a unos edificios nuevos a varios kilómetros de distancia, en un extremo del South Side. Debió de ser, sin duda, idea de mi madre. Nuestro nuevo hogar era una casa esquinera y formaba parte de un complejo residencial. Estaba llena de muebles nuevos envueltos en plásticos y fuera había un pequeño parterre con césped. A nosotros no nos gustaba nada, aunque tenía dos cuartos de baño, porque nos alejaba de nuestros amigos y de los campos de juegos que conocíamos tan bien. Pocos días después de mudarnos, yo estaba con mi padre, que regaba el jardín metódica y silenciosamente (siempre estaba callado, hasta que se enfadaba por algo). En un determinado momento llegó uno de nuestros nuevos vecinos esbozando una sonrisa de oreja a oreja. Más irlandés no podía ser, hasta en su acento. Dijo que se llamaba McCarthy y nos dio la bienvenida a la comunidad. Mi padre le estrechó la mano y le preguntó con tristeza: «¿No profesará usted por casualidad la fe judía?». Aún siento la mortificación que me invadió al entrar corriendo en casa, profundamente avergonzado. Seguramente mi madre también se esforzaba por adaptarse a Estados Unidos, pero supongo que ella encontraba cierto consuelo feliz en su obsesión con la cocina. La comida se convirtió en su medio de comunicación esencial. Lo cierto es que horneaba deliciosas galletas y todo tipo de pastas. Todavía conservo el sabor de sus *strudels* de manzana, aunque no recuerdo haber compartido nunca pensamientos íntimos con ella.

Papá fumaba tres paquetes de Lucky Strike al día; a mí me inquietaban mucho sus toses nocturnas, y le diagnosticaron cáncer agudo de pulmón cuando yo apenas tenía dieciséis años. A causa de ello yo nunca he fumado, más allá de algún que otro porro. Se sometió a una operación infructuosa, y la enfermedad siguió extendiéndose durante un año, con metástasis en el cerebro. A mí se me designó como su cuidador porque me daba menos miedo que al resto de los familiares contrariarlo en algo y recibir sus azotes, lo que ocurría a veces, azotes que me propinaba con un asentador de cuero que usaba para afilar la navaja con la que se afeitaba todas las mañanas. Uno de mis primeros recuerdos es el de contemplarlo embobado cuando afilaba su temible navaja y se afeitaba con gran cuidado. Mi padre no era nada comunicativo, pero interiormente sentía rabia por el destino que le había tocado vivir. Y por el nuestro. Yo lo notaba. Murió a finales de julio de 1954, a los cuarenta y nueve años, un mes después de que mi hermano y yo termináramos el bachillerato.

Yo estuve a punto de no aprobar, porque, como mi padre, me había sumido en la tristeza. Siempre había sido ávido a la hora de aprender, no había que animarme a estudiar, a los trece años me había apuntado al Club del Libro del Mes, y enviaba puntualmente un dólar para recibir a cambio la selección mensual de obras de no ficción (casi siempre diatribas anticomunistas escritas por J. Edgar Hoover o gente que compartía sus ideas). Pero llegaban también algunas cosas deliciosas: extensas historias sobre la casa de los Habsburgo, estudios de la Iglesia católica romana y las cruzadas cristianas de la Edad Media. Pero el instituto pasó a importarme cada vez menos a medida que la salud de mi padre empeoraba. Me saltaba clases, no hacía los deberes, engañaba a los profesores y, de maneras muy diversas, todas ellas antisociales, causaba unos problemas que nadie entendía, ni en el colegio ni en casa.